

La acción «lugar de encuentro» espiritual con Dios

Pedro Brocardo

“Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo”

La vida de Don Bosco -lo hemos hecho notar- está inundada por la oración como un río por sus aguas. Pero la oración no es el único medio con el que el Santo vivía en intimidad con Dios. Junto a la unión de la plegaria, conocía y practicaba, de modo heroico, la que con Libermann podemos llamar «la *unión práctica*» o «*activa*» con Dios, realizada en la acción y a través de la acción. De esa unión práctica tenemos esta descripción: «es una unión íntima con el espíritu en el corazón de la vida activa, gracias a un estado permanente de disponibilidad y de atención a Dios que debería conducirnos a no pensar, ni amar, ni querer, ni actuar sino bajo la influencia exclusiva de Aquel que se ha convertido en alma de nuestra alma».

La «unión práctica» es esencialmente participación, en diversos grados, en la acción creadora y salvífica de Dios. Podemos distinguir tres niveles: apostólico, caritativo y profano, de los que se sirvió Don Bosco como medios para llegar a Dios y hacer de su multiforme actividad el lugar habitual de su encuentro con el Señor. Veámoslo brevemente.

Unión a través de las actividades apostólicas

Las actividades del apostolado de Don Bosco, entendidas en sentido estricto, se distinguen de toda otra forma de actividad benéfica, porque son la continuación y prolongación de la misma vida activa redentora de Cristo, que difunde su mensaje de salvación y comunica la vida divina. En este tipo de acción, Don Bosco actúa «*in persona Christi*», es su «instrumento», en virtud de la ordenación sacerdotal. Esto significa que no solamente son espirituales sus intenciones, sino que también es espiritual la misma estructura de la acción que realiza, por cuanto prolonga directamente la acción salvífica y actual de Cristo Salvador.

La acción apostólica facilita de este modo la unión con Dios. «Basta que el apóstol, por así decirlo, se adhiera seriamente a su actividad apostólica para que penetre en el orden sobrenatural y participe en la efusión de la gracia» (Ch. Bernard).

Basta que salga, por así decirlo, fuera de sí (= éxtasis) y se una intensamente a la acción con la que Cristo resucitado continúa-cumpliendo la salvación del mundo, para entrar en sintonía con El y hacerse progresivamente conforme a su divino querer.

Es lo que el Concilio recomienda a los sacerdotes. Para que alcancen la santidad «en el modo que les es propio», es suficiente que ejerzan sus propias funciones «en el Espíritu de Cristo (...) y con empeño sincero e infatigable» (*Presbyterorum Ordinis* n. 13).

Que el ejercicio intenso de su apostolado -evangelización, sacramentos, oración, etc.- sea uno de los grandes medios con los que Don Bosco vivía intensamente su unión con Dios, está fuera de toda discusión. Ya hemos recordado que su sacerdocio fue el principio unificador de toda su vida. En efecto, es difícil imaginar un apóstol más identificado con su misión, más presente a su Señor en el ejercicio del ministerio.

El «amigo de los jóvenes» y de la «clase obrera», el «precursor de los tiempos nuevos» es siempre y ante todo ministro del Señor, instrumento consciente unido a la divinidad, profeta de Dios, que actúa y obra en su nombre.

Otros quedaban estupefactos ante sus obras, ante sus audaces empresas; él, más modestamente, se consideraba como el humilde instrumento en las manos del artífice divino: «Mira al, artífice y no al instrumento que provee -confesaba- los medios para proseguirlas y conducirlas a buen fin; a mí sólo me toca mostrarme dócil y maleable en sus manos».

Don Bosco vivía un profundo recogimiento en Dios en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Todos lo podían constatar: por ejemplo, su modo de celebrar la misa y administrar el sacramento de la reconciliación, o su modo de rezar.

La actividad caritativa

Hemos aludido anteriormente a la facilidad con que Don Bosco, hombre de vida activa, podía estar unido a Dios a través de la acción apostólica; añadamos que sus actividades

caritativas eran otra vía para vivir en comunión con Dios. Estas actividades llenan los veinte volúmenes de las *Memorias Biográficas*; no es misión nuestra reseñarlas. Ni tampoco intentaremos repetir el elogio del dinamismo de su caridad que da sentido y sustancia a sus fatigas. Sólo queremos aludir, brevemente, a que la práctica de la caridad fraterna fue, a su vez, un medio privilegiado de su continua unión con Dios.

El hecho de que Don Bosco, en el ejercicio de su caridad pastoral y pedagógica, no fuese una prolongación directa de la actividad salvífica de Cristo, como en el apostolado, nada quita a la densidad de su caridad y a su capacidad de intimidad con Dios. Sobre todo por dos razones esenciales.

La primera hay que buscarla en el hecho de que toda acción positiva para con el prójimo, toda relación de verdadera fraternidad, es siempre santificadora porque participa de la misma acción de Dios, que es caridad infinita.

La segunda, porque todo ejercicio de caridad es cumplimiento del mandato nuevo de Jesús: «Amaos los unos a los otros» (Jn 13,34). La esencia de la perfección está en la caridad que no separa al prójimo de Dios, fuente suprema de todo amor.

La tradición cristiana desde San Agustín a San Gregorio, a San Bernardo y a los santos modernos jamás ha disociado la vida cristiana del empeño de la caridad. Cuando se impone la elección entre la oración y un deber cierto de caridad, todos afirman que el deber de caridad es más urgente porque responde a una más clara voluntad de Dios (cf Mt 25,31-46).

Don Bosco se movió siempre en esta perspectiva. Amaba a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios. Decía: «Quien quiera trabajar con fruto debe tener la caridad en el corazón». «Son los lazos de la caridad los que nos unen por doquiera al Señor.» Estaba convencido de que los jóvenes son las «delicias y las niñas de los ojos de Dios», y les amaba con un amor sin límites: «Lo propio de mi vida es estar con vosotros». Por ellos dio «el alma y la vida». Pero lo que movía a amarles no era sólo su innata tendencia -que también tuvo en gran medida- sino el amor pastoral de Cristo que lo impulsaba a descubrir en ellos el lugar privilegiado del amor divino. Y cuanto más cercanos estaban al Señor por su pobreza y su abandono, tanto más estimulaban su industriosa caridad. Se hubiera dicho que tenía la impresión casi física de ver y tocar en ellos el rostro del Señor.

Don Bosco se ha entregado literalmente por el prójimo; pero hay que decir también que el prójimo -especialmente los jóvenes- han sido el sacramento en el cual él se encontraba cotidianamente con el Señor. Un mutuo darse y recibir que lo llenaba de profundas satisfacciones: « ¡Oh, qué consuelo se experimenta cuando se llega a la tarde cansado y sin fuerzas, habiendo empleado todo el día en trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas! ».

La unión a través de las «actividades profanas»

También las actividades de tipo especialmente profano, que abundan en la vida de Don Bosco -trabajos normales, profesionales, escuela, prensa, cultura, etc.- eran para él lugares de encuentro con Dios, caminos para llegar a El.

Ante todo porque toda actividad, aunque sólo sea de tipo creacional, con tal de que sea honesta, es siempre una participación en la obra de Dios, de acuerdo con su benévola voluntad escrita en las cosas y norma de los acontecimientos. La tradición cristiana ve desde siempre a Dios presente en el universo a través de la primera revelación. También el compromiso profesional, social, técnico, como se trata de una cooperación a obra creadora de Dios, es en sí mismo bueno y puede transfigurarse y recapitularse en el misterio de la encarnación y de la redención.

Sabernos que Don Bosco santificaba las actividades profanas orientándolas intencionalmente a Dios. La recta intención tiene una gran importancia en su espiritualidad, en el trabajo santificado. «El trabajo -solía decir- basta santificarlo con la recta intención, con actos de unión con el Señor y con la Virgen, y con hacerlo lo mejor que se pueda.»

Todo, como hemos visto, estaba motivado en su vida y tenía como finalidad la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esto se advierte claramente, como pone de relieve P. Braido, «en el diagnóstico y en el juicio que formula al hablar de su tiempo y de sus exigencias. No es el juicio del pedagogo, del sociólogo o del político, sino el del sacerdote que todo lo ve *"sub specie*

aeternitatis”, de la gloria de Dios y de la salvación de las almas». Don Bosco no se desmiente: incluso cuando su acción parece marcada por lo profano, sus motivaciones siempre son elevadas. Los intereses del Reino y de las almas lo dominan todo. «Pueden decir los hombres del mundo -comunicaba a los suyos- que los conventos son destruidos en todas partes; nosotros queremos cooperar a toda costa con el Señor a la salvación de las almas.» Y se lamentaba de que en París o en Petrogrado, o en Londres, o en Florencia no se hablara más que «de ejércitos, de guerras, de conquistas, de finanzas». La altura de sus intenciones daba a las cosas un sabor nuevo.

La divinización del trabajo, mediante el valor de la intención, dice Teilhard de Chardin, «infunde un alma preciosa a todas nuestras acciones». La recta intención, es decir, la voluntad de servir únicamente a Dios, «es verdaderamente la llave de oro que abre nuestro mundo interior a la presencia de Dios. Expresa con energía el valor sustancial de la voluntad divina».

La intención es un valor muy positivo de la vida en el Espíritu; seremos juzgados en base a las intenciones de nuestro obrar. No puede, por lo tanto, justificarse la crítica que se hace a la intención, a no ser que se confunda con la vaga y veleidoso aspiración a Dios apoyada en el vacío. En su sano realismo, Don Bosco no disociaba la buena intención de las buenas obras; prefería las obras no demasiado perfectas a las buenas intenciones de las que está empedrado el infierno. Exigía que «se hiciesen las cosas», y añadía: «lo mejor posible»; pero se contentaba también aunque sólo fuera con lo posible.

Sin embargo, la recta intención no era el único medio con el que Don Bosco santificaba las actividades profanas. El las sistematizaba y las vivía como «deberes de estado», como exigencia ineludible de una clara disposición divina. Hoy se tiende a poner silenciador a todo lo que sabe a imposición, a deber. En tiempo de Don Bosco, la «espiritualidad del deber» estaba en auge; incluso en el campo profano, la ética kantiana tenía sus seguidores. Por encima de falsas interpretaciones, recordemos que se trata de un valor que no ha perdido ni su mordiente ni su actualidad.

Se tiene por seguro que la realidad presente, también la profana, expresa la voluntad de Dios. Escribe D. Caussade: «El orden de Dios es la plenitud de todos nuestros momentos; ese orden se manifiesta bajo mil diversas apariencias, que se convierten necesariamente en nuestro deber actual, y forman y hacen crecer en nosotros el hombre nuevo hasta la plenitud que para nosotros ha establecido la Sabiduría divina».

Cuanto más discierna una mirada de fe, de esperanza y de amor la presencia de Dios en las cosas, tanto más se nos facilitará el abandono a su voluntad en el momento presente. Don Bosco vive en esta óptica y de esta óptica. El considera, pues, el deber cumplido con exactitud como la mediación más segura y fácil para realizar la unión práctica con Dios.

De aquí su proverbial y casi continua insistencia ante sus discípulos y jóvenes sobre el «Dios te ve», sobre la necesidad de vivir y obrar «a la» presencia y «en la» presencia de Dios: «Este pensamiento de la presencia de Dios (aquí y ahora) nos debe acompañar en todo tiempo, en todo lugar y en toda acción». «Cada uno cumpla los deberes de su cargo en la presencia de Dios.»

La espiritualidad de Don Bosco es con toda precisión, si bien no de un modo exclusivo, una espiritualidad del deber. Lo asegura con autoridad A. Caviglia: «La precisión en el deber es, para Don Bosco, el primer artículo de toda santidad, el primer postulado de la espiritualidad (...). Quien conoce un poco de cerca al Santo Educador sabe que esta concreción estaba en la base de toda su labor educativa, tanto en el ambiente de la vida común como en el espiritual. El no creía en una ostentación de la piedad si no iba acompañada de la observancia diligente y concienzuda de los propios deberes.

En este punto podemos interpelarnos con otra pregunta: Don Bosco, que ha dado tanta importancia al trabajo y a la actividad en general, ¿les ha dado también un valor interno, independientemente de la recta intención y de la voluntad de cumplir un deber en concreto? En otras palabras, ¿intuyó que también las actividades profanas pueden orientarse a Dios desde dentro -siempre que sean honestas- por su propia naturaleza y relativa autonomía? Son perspectivas modernas que no se planteaba la espiritualidad tradicional. Pero en la medida en que es cierto que quien se guiaba sólo por la «buena intención» difícilmente podía evitar una

cierta dicotomía o separación entre la vida espiritual por una parte y vida activa por otra, deberíamos encontrar algún rastro de esta división en Don Bosco.

Santos como Agustín, Gregorio Magno y muchos otros, incluido el mismo Cafasso, sintieron siempre, en medio de su actividad, una gran nostalgia por los tiempos dedicados a la oración. Nada semejante se encuentra en la vida de Don Bosco. Cuando, por la noche remienda, con mamá Margarita, los vestidos que los jóvenes han roto durante el día, no se lamenta de otros trabajos más sacerdotales, no aparece dividido entre la oración y la acción, no siente nostalgia de otras cosas; acepta lo profano y lo transfigura con eso que don Egidio Viganó llama, con frase feliz, la «*gracia de la unidad*», que es un movimiento único de caridad hacia Dios y hacia el prójimo.

«En esta gracia divina -explica el autorizado intérprete del pensamiento del Santo- de la vida interior de Don Bosco encontramos el elemento estratégico de la interioridad salesiana. Unidad, ¿entre qué cosas? Unidad entre la mirada a Dios -adoración, escucha, oración- y el empeño de salvación que le lanza a los jóvenes, pero de modo que este empeño no sea una distracción de esa mirada y que esa mirada no sea una evasión del empeño, sino que lo uno alimente a lo otro; lo uno sea un soporte, un lugar de búsqueda y de referencia para lo otro. Es más fácil decirlo que practicarlo; de ello todos estamos convencidos; pero Don Bosco lo ha vivido así.»

La «gracia de la unidad» puede decirse que es el eje de su espiritualidad. Una espiritualidad que no sacrifica la oración a la acción, ni la acción a la oración. Sin embargo, entre una urgencia apostólica, caritativa y humanizante, y una prolongada oración, el carisma de Don Bosco le lleva a escoger la acción, en la cual descubre una concreta voluntad divina. Pero es preciso decir también que él está de tal modo unido a Dios en el momento de la acción que no echa de menos la oración; y está tan totalmente unido a Dios en la oración que no echa de menos la acción. Acción y oración son realmente vividas por él como momentos convergentes de una intensa vida teologal de la caridad pastoral que es la síntesis. Don Bosco demuestra que se encuentra a sus anchas en la ciudad de Dios y en la de los hombres porque, tanto en un caso como en otro, vive su inmersión en Dios.

Repitémoslo: por sí misma, no es la cantidad de oración la que decide sobre la santidad, como tampoco es la cantidad de acción, sino el grado de intensidad de la fe, esperanza y caridad, subordinado a la voluntad de Dios, lo que constituye la regla suprema de nuestra oración y de nuestra acción. Cuando la voluntad de Dios llama a la oración, es necesario orar, cuando llama a la acción, es necesario obrar.